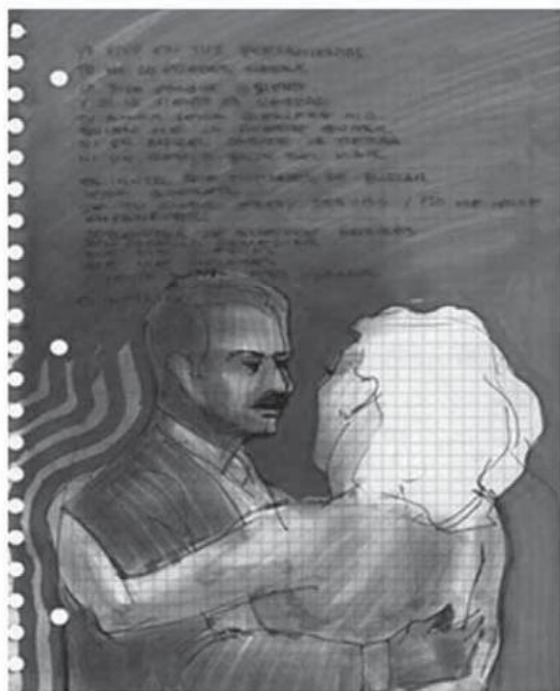


Marco Tulio Aguilera Garramuño

Amoreros



Colección El Solar
Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle





**Alejandra
Jaramillo
Morales**

Bogotá, Colombia, 1971.

Escritora, profesora, investigadora y crítica. Estudió Literatura en la Universidad de los Andes. Adelantó estudios de maestría y doctorado en cine y literatura latinoamericanos en Tulane University. En el 2003 fue publicado un relato

suyo en la antología de cuentos eróticos *Ardores y furores*, de Editorial Planeta. En el 2005 se publicó una biografía novelada de Manuelita Saenz en la Editorial Panamericana. En el 2006 se publicó su primera novela *La ciudad sitiada*, en el 2009 el libro de cuentos *Variaciones sobre un tema inasible* y en el 2010 la novela *Acaso la muerte*, estos dos últimos publicados por la editorial El fin de la noche, de Buenos Aires. Es también autora de varios textos sobre la literatura y la cultura colombiana y latinoamericana, entre ellos el libro *Bogotá imaginada: narraciones urbanas, cultura y política*, publicado por el Observatorio de Cultura Urbana de Bogotá y el libro *Nación y melancolía. Narrativas de la violencia en Colombia, 1995—2005*, ganador de dos becas de investigación, una del Ministerio de Cultura y otra del Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Actualmente es profesora e investigadora del Departamento de Literatura y del doctorado en Ciencias Humanas y Sociales del CES, en la Universidad Nacional de Colombia.

Amoreros

Marco Tulio Aguilera Garramuño



Colección El Solar
Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle



Santiago de Cali, marzo de 2012

Rector Universidad del Valle
Iván Enrique Ramos Calderón
Decano Facultad de Humanidades
Darío Henao Restrepo
Director Escuela de Estudios Literarios
Juan Julián Jiménez Pimentel
Director Programa Licenciatura en Literatura
Héctor Fabio Martínez

© Colección El Solar
Director: Fabio Martínez
Consejo editorial:
Julián Malatesta
Fabio Martínez
María Eugenia Rojas

© *Amoreros*
Marco Tulio Aguilera Garramuño
© Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle
E-mail: estudiosliterarios@univalle.edu.co

ISBN:978-958-670-966-8
Ilustración de carátula: “Vivo en tu pensamiento”
Ever Astudillo
Diseño fotográfico: Over Espinal
Diseño, diagramación e impresión:
Unidad de Artes Gráficas,
Facultad de Humanidades,
Universidad del Valle,
Cali - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor.

Contenido

Prólogo	9
Un matrimonio feliz	15
Las mujeres de vídeo	21
Sueños de un buen cristiano	33
El humilde Willy en Cuba	49
El masajito bayamés	61

Prólogo

“Quienes hemos seguido sus pasos literarios sabemos bien que el oficio de escribir ha sido para [Marco Tulio Aguilera Garramuño] un verdadero acto sexual”. Esta frase, de Gustavo Álvarez Gardeazábal (quien fuera, durante los primeros años de la vida literaria de Aguilera Garramuño, su mentor en el célebre Taller Literario de la Universidad del Valle en Cali), si bien un poco exagerada, refleja de manera sucinta el aspecto más evidente en toda la cuentística del autor colombiano. Aunque negó en algún momento ser un escritor erótico, ya hemos visto que casi toda su producción narrativa o gira alrededor de una tensión erótica o, al menos, incluye escenas eróticas como parte íntegra de su construcción. El erotismo, como veremos, es innegablemente un *leitmotiv*, si no una verdadera fuente de inspiración, en casi todos los cuentos; pero, como vamos a ver, y como sugiere Álvarez Gardeazábal, la fuerza erótica es más bien una metáfora para Aguilera Garramuño del acto de escribir un cuento.

Al mismo tiempo, hay que reconocer que, por lo menos desde que hizo sus investigaciones erótico—amorosas para *Mujeres amadas*, Aguilera Garramuño ha procurado profundizar en el tema más allá de las relaciones físicas superficiales. Desde una perspectiva a la vez filosófica y psicológica, se ha planteado descubrir —y describir— las implicaciones de las relaciones amorosas en todas sus consecuencias. No ha sabido hasta ahora superar por completo su con-

dición de hombre latinoamericano, pero en algunos de los cuentos se puede apreciar hasta qué punto ha logrado adentrarse en el punto de vista de sus personajes femeninos. También queda claro que la verdadera preocupación central de Aguilera Garramuño no es el sexo ni las relaciones amorosas sino el arte, que en el mejor de los casos se confunde con la vida.

El número de cuentos que Aguilera Garramuño ha publicado en libro no es muy extenso; apenas alcanza unos treinta y tres cuentos entre 1979 y 1997, más doce cuentos para niños, publicados en 1998. En gran parte esto se puede atribuir al hecho de que sigue retocando los cuentos para incluirlos de nuevo en los libros que van apareciendo.

Seguramente hay escritores populares que escriben a lo que salga, sin pensar en cómo lo hacen. Pero estos no suelen ser autores duraderos. Desde luego, no es el caso de Aguilera Garramuño, quien ha presentado sus ideas sobre lo que es un cuento y la forma de escribirlos en numerosas ocasiones.

Cuentos para después de hacer el amor se caracteriza por la gran variedad de temas. En los doce cuentos de la primera versión colombiana sólo cuatro podrían clasificarse como intimistas o personales: “Historia de un orificio”, “El juego de los tiempos prestados”, “Arrepiéntete pecador” y “Fruta verde”. El primero es la historia de la iniciación de un niño en los misterios del sexo (texto incluido casi sin cambios en *El juego de las seducciones*). El segundo cuenta la relación entre un protagonista (*alter ego* del escritor, como tantos de sus narradores) y una mujer a quien sólo ve para tener relaciones sexuales, que al

final sólo servirán para alimentar la literatura (como sucede al fin de *Mujeres amadas*), traicionando así a la mujer que no ha podido ser suficientemente libre. “Arrepiéntete pecador” es otra historia de una relación sexual, y “Fruta verde” trata de un señor mayor que se enloquece por una niña precoz, coqueta y encantadora en su inocencia paradójica. En este se ve claramente la habilidad de Aguilera Garramuño de representar por insinuación un complejo psicológico bastante sofisticado. Bajo la obvia influencia de *Lolita* (tema que vimos también en *Buenabestia / Las noches de Ventura*), el autor narra toda la tensión de la novela de Nabokov en un cuento corto que nunca cae en la grosería. Los otros cuentos del libro incluyen el amor de un rinoceronte por un helicóptero, la descripción de unos seres de cuento de hadas, un atraco con elementos de mitología prehispánica, el monólogo estrambótico de un personaje aislado entre los que le rodean y animan, otro parecido pero contado desde el exterior y un cuento que podría caracterizarse como pacifista. Todos interesantes, pero de un tipo bastante diferente a los cuentos que el autor escribiría después.

He aquí, entonces, la trayectoria estructural de los cuentos. Aguilera Garramuño empieza buscando la mejor forma para narrar sus inspiraciones, forma que logra con unos cuentos que se enfocan en relaciones personales muy íntimas. Esta intimidad, las más de las veces, incluye relaciones de amor o de sexo, o las dos. A veces lo erótico es central —“Paso de baile”, “La noche de Aquiles y Virgen”, etc.— y en otras ocasiones es solamente un elemento más —“Vida de

artista”, “Alquimia popular”, etc. Hay cuentos, pocos, donde el elemento erótico-amoroso es mínimo: “Los saúdes”, “El neuras en la sartén”, “Las tablas crujientes”, pero todos ellos por lo menos tienen en su base o una relación afectuosa o un amor abstracto. Sólo “El suave olor de la sangre” carece por completo de un elemento erótico o amoroso. Este cuento también forma parte (junto con “Viaje compartido”) de la obra de teatro “Queremos oso”, que Aguilera Garramuño publicó en la revista *Tramoya*. Comparte con algunos otros cuentos —“Vida de artista”, “El neuras en la sartén”, “La piel más tersa”— la crítica de una situación donde algunas personas son deshumanizadas por otras.

Pero si estudiáramos esta obra cuentística solamente desde la perspectiva de su erotismo, perderíamos gran parte de lo que la hace valiosa como literatura. La edición mexicana de *Cuentos para antes de hacer el amor* incluye tres cuentos derivados de las relaciones conyugales, donde se aprecia la influencia de la vida en familia que lleva Aguilera Garramuño desde hace muchos años.

Más allá de la fuerza erótica, en un nivel más profundo, podemos apreciar que el autor se preocupa por su arte, que es la vida en su sentido más amplio. La anhelada libertad absoluta, paradójicamente, sólo se consigue cuando se pierde la identidad individual en una relación completa, algo quizás imposible de alcanzar. Aguilera Garramuño rara vez se aparta en sus cuentos de las situaciones erótico—amorosas, pero su enfoque está en otro nivel. Como sostiene en una de sus columnas sabatinas recientes, su “línea” no es el erotismo, “es la *frenápterasis*”.

Aguilera Garramuño escribe y re-escribe sus cuentos. Mientras ha ido puliendo su lenguaje y perfeccionando una estructura más enfocada, se ha convertido en uno de los cuentistas más interesantes de Latinoamérica. Sus temas eróticos llaman la atención y causan reacciones a veces fuertes entre sus lectores. Pero lo que más le caracteriza como escritor, y que podemos ver a través de la obra cuentística que está creando, es el obvio placer que goza al escribir, el deleite de crear situaciones y de disfrutar con las palabras. Ha escrito *Cuentos para después de hacer el amor*, *Cuentos para antes de hacer el amor* y *Amoreros*, pero a veces, seguramente, solo ante su computadora, escribe cuentos en vez de hacer el amor.

Peter Broad

Un matrimonio feliz

La mujer y el espejo

*En el fondo, ¿qué es lo que amamos nosotros,
los hombres, en la mujer, sino que cuando se “dan”,
siempre dan también un espectáculo?*

Nietzsche

Todo era allí diferente. Desde el patio central de cantera donde se levantaban tres absurdas columnas de granito rodeadas por una fuente colonial, hasta las habitaciones, en las que había un exceso de luz o un exceso de oscuridad, cortinas muy pesadas, colchones y almohadas extremadamente mullidas, rellenos de pluma de ganso, supongo. Cielorrasos abovedados constituidos por ladrillos que iban formando círculos concéntricos cada vez más pequeños. Baños dignos de Pompeya, vasos y jarras de cristal de Bohemia. Espacios, ventanas, muros, cuidadosamente calculados para que la incidencia de la luz o la sombra crearan cuadros dignos de Velázquez a partir de las criaturas más vulgares. En la sala, rodeada por ventanales que daban a un jardín que parecía querer resumir la flora americana, bajo un gran vidrio, un entierro prehispánico con huesos, puntas de obsidiana y cerámica prehispánica. Era notable que quien había diseñado la casa pensó hasta en el último detalle. Sin embargo sus designios, su intención, no logré penetrarlos. La habitación que nos asignaron tenía un aire de santuario o de cárcel, rejas de hierro forjado, paredes muy anchas, candelabros de bronce. Las sábanas de un algodón delicadísimo, una alfombra de tejido sua-

ve en la que se hundían los pies, toallas de calidad insuperable. Todo parecía justo a la medida de alguien que no éramos ciertamente mi marido y yo. Lo que destacaba sobre todo era un anciano armario de cedro, de piso a techo, que tenía por puerta un espejo gigantesco, en el que se reflejaba casi toda la habitación. No conozco la razón por la que los espejos me ponen nerviosa, de alguna forma siento que me atrapan, que me atraen. Sé que la idea es de una vulgaridad vergonzosa, pero no puedo evitar sufrirla. No se trata de la simple vanidad que hace que me mire en mis largas soledades, pues, aunque soy bella sin escándalo, y algunos dicen que muy bella, no me ocupo demasiado de mí misma ni pierdo el tiempo maquillándome ni espero la fácil dicha en el elogio de los demás. Soy más bien sumaria en mis negocios con el espejo y con el arreglo personal. Como muchas mujeres, doy al amor mayor importancia que a cualquier otro aspecto de la relación personal. Amo a mi marido con una pasión que tal vez no alcance ese nombre y que se relaciona, sobre todo, con las felicidades domésticas, el tiempo compartido, el descanso de saber que cada noche yace a mi lado un hombre al que creo conocer y del que no me permito esperar nada deplorable. Me entrego a él con facilidad cuando durante el día he sentido que comparto una misión con él, cuando las cosas van bien en la casa, cuando sé que en mi marido hay un ingrediente que no podría hallar en nadie. Me abandono a él con resignación cuando mi humor no es propicio. Soy, por decirlo de alguna forma, disciplinada en el amor conyugal. Es algo como un apostolado, algo que tiene que ver con la familia,

los hijos y la sospecha de Dios. Por eso me cuesta trabajo entrar en ánimo para hacer el amor cuando estoy fuera de casa y sin embargo —sé que me ruborizo al decir esto— es precisamente lejos de casa, en hoteles o lugares ajenos a los domésticos en los que me someto a los caprichos más extravagantes de mi esposo. O quizás deba decirlo, dejo salir de mi persona una permisividad absoluta, una capacidad insólita de provocar situaciones escabrosas o por lo menos des-acostumbradas. Le pedí a mi marido que nos fuéramos del cuarto, que huyéramos, que regresáramos a casa. Patricio sonrió mirando de reojo el espejo. Vi en sus ojos esa expresión de maldad juguetona que le conozco cuando está tramando sus fechorías. “¿De verdad quieres irte?”, dijo poniendo su mano en mi hombro y atrayéndome hacia él. No pude evitar ceder a su incitación y acerqué mi cuerpo, que se plegó al suyo con la facilidad y el placer del guante quirúrgico a la mano del cirujano. Patricio tomó mi nuca con poca delicadeza y cuando su boca se adhirió a la mía, sentí que yo era como un gran fruto en el que ese hombre goloso enterraba la boca. Patricio bajó su mano derecha por mi espalda, recorrió con ella mis vértebras una a una hasta llegar a la cintura, descendió hasta mis nalgas y enterró sus dedos con deleite, hundiendo mi falda de seda, mi combinación y mis interiores en la entrepierna. Sentí que perdía el aire, miré a mis espaldas el espejo. Vi su cuerpo y el mío como si fueran ajenos, imaginé una especie de batalla a la luz de una hoguera, había desesperación y deleite, rabia y amor, algo diabólico, inconfesable, en todo aquello, y sin embargo —pido perdón por la tontería

que voy a decir— divino. “¿Estás segura que quieres irte?”, preguntó de nuevo. Bajé los ojos y le dije que no. La verdad es que tengo unas ganas incomprensibles, inexplicables de quedarme. Por fortuna había muchas actividades previas a nuestro placer: unas compras, la asistencia a casa de amigos, un par de conferencias, una obra de teatro. En eso y otros asuntos más olvidables se nos fueron los primeros días, en los cuales se reiteró la pasión, de forma algo convencional. De todos modos mi esposo y yo sabíamos que ese espejo que nos miraba casi burlonamente estaba esperando el momento propicio para obligarnos a hacer lo que yo ni me atrevo a soñar, o que si sueño, luego pierdo en la piedad en el olvido. Una semana se disipó. Yo continuaba inerme, esperando con inquietud y emoción lo que tenía que pasar. Patricio seguía en sus actividades y no se percataba, o fingía no hacerlo, de que el espejo nos estaba esperando, nos acechaba, con risueña paciencia. Llegué a imaginar que detrás del espejo estaba un indígena, que quizás fuera el guardián de la casa, una criatura displicente que disponía de una perseverancia de siglos y una curiosidad malsana. Imaginé que la casa ocultaba, en algún lugar, tal vez en el entierro indígena, la entrada a otro mundo, más sórdido y cercano a lo bestial, a lo que acaso en el fondo todos los seres humanos guardemos. A la octava noche, en la que los besos de mi marido me habían inflamado hasta el extremo, le dije, tratando de sonar lo más natural posible, que por qué no nos acercábamos al espejo. Desnudos los dos nos arrimamos al fuego bruñido y frente a aquel enemigo nos volvimos a trenzar en un abrazo febril.

Cuando tuve aliento para hacerlo, después de haber sentido el poder pleno de mi marido en las partes más evidentes, le dije sin dejar de mirar nuestro reflejo: “Pídeme lo que quieras, amor, estoy dispuesta a hacerlo”. Patricio se apartó ligeramente, contuvo el aliento, me miró a los ojos y preguntó “¿Estás segura?” “Absolutamente segura”, le dije, “haré todo lo que quieras, me dejaré hacer lo que quieras, absolutamente todo”. Y entonces lo pidió, eso que nunca me he atrevido a hacer y que no creo que nadie, aparte de las mujeres de la peor vida, hagan. Hice que Patricio se tendiera, yo me acosté sobre él, pero, oh, Dios, no como manda la naturaleza, sino en contra de toda regla, y él comenzó a devorarme y yo con furor de leona lo atrapé con mi boca y lo mordí y lo aspiré, afiebrada, desesperada, más total que nunca, definitivamente, y no quise ni respirar sino que me lo comí todo, todo, una y otra vez, hasta el fondo, con mi boquita delicada acepté su tamaño, su vigor, hasta que supe que venía a mí y ni aun entonces quise soltarlo. Él tampoco lo evitó, sino que se vino sobre mí, inmovilizándome con sus muslos, me convirtió en su puerto y ni siquiera entonces quise soltarlo y Patricio seguía casi rugiendo sobre mi cuerpo y enterraba su rostro y se debatía como un perro rabioso y con su lengua me barría por completo y comencé a agitarme, a venirme en él, a desahogarme y ahí quedamos los dos fundidos como seres terribles fulminados por el mismo disparo, atravesados por una lanza enorme durante horas y horas y caímos a lado y lado, él con su cuerpo glorioso y relajado y yo con el sentimiento de que al cumplir esa especie de mandato del hombre del espejo había comenzado a ser otra y que ya nada podría

ser igual y que las pequeñas felicidades que hacen mi amor tendrían ahora un sentido distinto. Me levanté, fui al baño, me lavé una y otra vez, enjuagué mi boca con jabón y pasta dental. Cuando regresé, Patricio seguía tendido en la alfombra con su cuerpo reflejando la luz del farol exterior y una expresión de virtud recobrada. Ya no quise abrazarlo. Al día siguiente no pude ocultar mi mal humor, mi desprecio por ese hombre que me había manchado de esa forma, pero seguí a su lado, fingiendo la paz natural, aunque mi espíritu estaba en guerra, tratando de entender, de perdonar, de olvidar. El regreso a la habitación, después de las gestiones de cada día, sería a partir de entonces triste, lúgubre, y el espejo, ya libre de nosotros, parecía inocente, pero yo sabía que en él residía un poder, el conocimiento de nuestro secreto, y por eso lo depreciaba. Hubiera querido destruirlo, pero no lo hice. Sería no sólo una falta de cortesía hacia nuestros huéspedes (que, debo decirlo, eran casi desconocidos: miembros de una nueva empresa que ofrecía *turismo diferente*), sino, tengo que decirlo, un acto cobarde. De alguna manera sé que tengo que vivir conmigo misma, con mi esposo, con nuestras debilidades. Antes de cerrar la puerta el último día de nuestra estancia, Patricio (en cuyo rostro vi una angulosidad de pómulos que antes no había notado) y yo nos detuvimos frente al espejo. Mi esposo sonrió con esa confianza, con ese saber de brujo, de sabio, de imbécil, de taimado que a veces confundo. Yo también me descubrí sonriendo. Supe que en esta vida, detrás de todo lo que sucede, siempre hay otra cosa.

Peter Broad

Las mujeres de vídeo

Mirándose al espejo después del baño, Patricio recuerda a Diedre, a Nikki, a Roberta, a Nicoleta, a Serena. Son mujeres dóciles, nada problemáticas, atrevidas. Nunca se quejan. Están dispuestas a todo en cualquier momento. Catalina, por el contrario, se muestra cada vez más difícil, exigente y desidiosa.

—La verdad, querido —dijo la última vez que lo hicieron, en la casa de las columnas— las fiestecitas de amor me molestan. Son como empresas en las que que al final no tengo ni siquiera recompensa. Además, hay cosas que no entiendo y que me preocupan.

Hubo un tiempo en que Catalina quería alcanzar las puertas del cielo cada dos o tres días. Y casi podía arañarlo. Llegó a tener orgasmos mortales que la dejaban llorando convulsivamente. O que la abandonaban en un limbo de temor al sospechar que nunca de nuevo iba a alcanzar semejante escándalo de dicha. Ahora, que han pasado los años y los ardores de las primicias, sabe que Patricio es débil y que sus entusiasmos son breves y apresurados, suficientes apenas para permitirle aspirar a paisajes de hojalata.

—Lo que pasa es que no aceptas con resignación que en cosas del amor el tiempo pasado siempre fue mejor.

Para Catalina toda razón es vana. Inútil es discutir con ella. Bueno sería hacerla desaparecer aplastando un botón. Desgraciadamente la realidad no funciona así. ¿La verdad? Ni Diedre ni Nikki ni Roberta ni ninguna de las demás tienen nada que enseñarle a

Catalina, pues ella lo sabe todo y todo lo practica... cuando quiere.

Patricio se pasa la mano por la barba. De ayer a hoy las canas parecen haberse duplicado. Un doblez de piel que antes no había notado cuelga bajo su ojo derecho. Es oscuro y tiene puntos diminutos, parece un tentáculo que comienza a tomar posesión de su rostro, cada vez más anguloso. Las obras del tiempo y la corrosión de las horas secretas. Piensa en esos seres de doble personalidad, santos de día y demonios de noche. Intenta dibujar en el espejo una sonrisa de malo, de bestia sangrienta. Es una lástima que los espejos conocidos sean tan inofensivos. Sólo muestran las miserias del tiempo. Calma, no exageres, Patricio, lo que tienes es un viciecito, una cosa de nada, una dosis mínima de maldad, que no perjudica a nadie. Pero esas canas, esa arruga, en fin. Masajeó su rostro con energía, se peinó la barba. No está dispuesto a teñirla. Quiere envejecer orgullosamente. Movié la cabeza a lado y lado, intentando aliviar la tensión.

Ninguna de las mujeres secretas de Patricio tiene complicación alguna. Detestan que se les hable de amor, ignoran las invitaciones a cenas con meseros de guantes blancos, mantel de lino bordado, vela en candelabro de plata y champaña, no son fértiles ni se vuelven locas cuando entran a un centro comercial. Ellas van a lo que van y terminan abrevando en la fuente más dulce, lamiendo, gozando, y de paso dejan a Patricio en un remanso de paz, de lasitud.

Patricio en general duerme como un iluminado después de una sesión de excesos, pero en ocasiones se le aparece en sueños una criaturita femenina que

quiere seguir con los deleites o un asesino de cabeza rapada que le dispara a quemarropa en el rostro. La verdad es que cuando Patricio decide recurrir a las damas de vídeo, lo hace después de largas abstinencias, cuando sabe que su esposa no estará disponible durante varios días. Es el pecadillo íntimo de Patricio, su medalla al mérito oculto, su condecoración. Escapar de la casa como un ladrón, llegar al videocentro y dirigirse desvergonzadamente a la sección triple X. Recorrer las películas una a una, estudiándolas con escrúpulo de comerciante. Le atraen particularmente dos tendencias: las de mujeres exóticas (filipinas, tailandesas, africanas) y las de jovencitas. No olvida la que filmaron Nicoleta y Danusa en las islas Seychelles. Detesta las de perversiones sangrientas, bestialismo y homosexuales. Adora las que respetan el entorno ecológico y las que se ocupan con minuciosidad del beso francés.

La más reciente invitada que tuvo en casa (anoche, que Catalina durmió en el cuarto de la niña) fue *Daniella Mariposa Triple X*, una jovencita que se pasó toda la película encerrada en su habitación, con las manos entre las piernas, hablándole a la cámara, mientras miraba un sillón en el que imaginaba escenas. Daniella era una niña, tendría acaso 15 años, y sus ojos se redondeaban de pasmo cada vez que imaginaba ver en el sillón escenas escabrosas. Vio a una tailandesa, tan joven como ella misma, que se arqueaba a la manera de una serpiente enfurecida mientras un oriental extremadamente feo le lamía con arte de orfebre una orquídea temblorosa. Vio a una rubia, también joven, de dientes separados, que

repasaba con su lengua como un pincel la verga grande y saludable de un patán musculoso. Se vio a sí misma en un abrazo inverso con una mujer sabia, que tañía su sexo como un arpa.

Patricio tuvo a Daniella en casa menos de doce horas, pero gracias a ella derramó generosamente su placer dos veces. Por la mañana, se levantó sin ningún complejo de culpa al mismo tiempo que su esposa, tomó café con ella y sacó el Ford de la cochera. Se despidieron sin un beso, pero con cortesía, casi sin rencor. En realidad no habían peleado la noche anterior. Solamente cambiaron una mirada equívoca y eso bastó para que Catalina buscara dormir lejos. Gracias, se dijo Patricio cerrando la puerta con llave. Se frotó las manos, se dio dos palmaditas en el rostro, abrió el baúl de la ropa de invierno y buscó a *Daniella Mariposa Triple X*. Besó el estuche y se dispuso al deleite.

A las nueve de la mañana Patricio fue a casa de la tía Felipa, que vive a cincuenta metros, más allá de la tienda de abarrotes, para traer a la beba, que había pasado la noche allí. Le pidió a Celina que la vistiera, le diera su desayuno y él mismo la llevó al kínder. Luego regresó a casa, llamó a la oficina para disculparse, cerró la puerta de la habitación y se dispuso a gozar por segunda vez de Daniella. Una vez terminado el asunto con un estertor apasionado y un grito de soberana independencia, se bañó, descubrió sus nuevas canas y su arruga, se vistió para ir a la oficina (en realidad no tenía que hacer otra cosa sino estar sentado y esperar la visita de los proveedores, que nunca llegaban en lunes), pasó por la gasolinera,

abandonó a Daniella en el vídeocentro y escogió a su sucesora, una jovencita alemana de mirada cándida; se reintegró a la respetabilidad, no sin antes mirar con nostalgia a Diedre, Roberta, Nicoleta y suspirar de emoción al pensar en las noches por venir con Cindy, Janice, Helga, Akiko y otras cien criaturas que envidiarían el sultán de Brunei, el Jeque Nefzaqui y los más grandes desaforados que hayan existido. Escondió a la pequeña alemana bajo la llanta de refacción y se prometió recluirla en el baúl lo más pronto posible. Se juró a sí mismo que no iba a invitarla al jolgorio sin antes darle la oportunidad a su mujer. Esperaría exactamente una semana, pasada la cual aprovecharía el primer enojo de Catalina para tener el pretexto justo.

El lunes sería un día pesado pues los dos desmanes con Daniella habían sido estragosos, pero era necesario soportar la rutina diaria (incluso ir al sauna con su esposa y comer en casa de los suegros). A cambio de ello, llegaría la noche (ojalá a Catalina no se le ocurriera hacer una fiestecita de reconciliación), el descanso, y el martes volvería a ser el licenciado Patricio Dióscuro, encargado del departamento de proveeduría de *Tribuna Popular*. Alto y garboso, ventripotente, siempre vestido de manera juvenil, era el elemento cordial de la oficina. Fue tenista casi profesional, fue consejero de un candidato del partido conservador, fue líder en el grupo scout del barrio, fue ciclista y cumplió la hazaña de ir al puerto de Cartagena y regresar con el pelotón, aunque llegara en último lugar. El currículum de lo que intentó ser resulta fatigoso por interminable y medio disparata-

do. De lo que no se puede dudar es que terminó su licenciatura en administración de empresas, pues el título preside la sala de su casa y la copia del título le sirve de corona en las paredes de la oficina, que son un verdadero periódico mural. Es un inútil, dicen, y a Patricio no le interesa hacerles cambiar de opinión. Para él es regla la consoladora certeza de que fingirse tonto es la forma más sencilla de ser feliz.

Patricio cumple casi todas las leyes de la decencia y el civismo. Es un hombre bueno. “Tan bueno”, dice Catalina, “que pareces subdotado. Todo el mundo te engaña. Cualquiera te puede convencer de lo más increíble”. Catalina sabe de las aficiones de su esposo por la pornografía. Ella misma, después de los desmanes en la casa de las columnas, vio media docena de películas cochinas con su esposo. La primera vez sintió náuseas, aquello le pareció demasiado orgánico, poco honesto. Lo soportó hasta que los personajes se trenzaron en una escena contra natura poco estética.

—¿En qué consiste lo hermoso del acto sexual y dónde comienza la vulgaridad?

Patricio no supo responderle, pero ella sí.

—En primera medida debe haber algo más allá de la carne. Una melodía discreta, detalles graciosos en la escena, una expresión auténticamente humana en los rostros. En segunda medida, se deben evitar los grandes planos, los cuerpos deben verse parcialmente. En tercera medida, las tomas deben ser lentas y minuciosas.

Catalina continuó disertando. Patricio no supo escucharla.

Con las damas de vídeo era otro cantar: estaban sujetas a su capricho y por eso podía darles tiempo, sosiego, incluir pausas para alargar el deleite, salir del cuarto a respirar aire puro y cuando el desfallecimiento ya fuera inevitable, lanzarse con la espada en la mano contra el cielo, limpiar cuidadosamente la sangre y regresar a batallas más tristes.

Cuando vio la tercera o cuarta película, Catalina comenzó a detallar con interés casi científico las felaciones y a darse cuenta de que las tipas aquellas en ocasiones sí tenían algo que enseñarle. Eran como artistas pacientes que con la lengua levantaban esculturas que alcanzarían su apogeo en el mismo instante en que iniciaran la caída.

—Y el asunto ese de la felación. No sé, creo que oculta algo que nadie ha podido descubrir o por lo menos que no se han atrevido a revelar.

—¿Qué?

—No es la necesidad de humillarse. Es algo más. Como querer apropiarse de la sustancia del otro. Como querer ser el otro. Un asunto que tiene que ver con el canibalismo, con nuestros antepasados. Pero esto sucede si y solamente si —Catalina en raras ocasiones saca a relucir sus filosofías, pero a veces vale la pena escucharla— la felación es resultado del más absoluto amor y de una pasión del instante. Como que volvemos a ser las bestias que fuimos antes de ser seres humanos con conciencia.

Patricio prefirió no teorizar. La verdad es que en la vida real él prefería los negocios limpios y expeditos, sin barroquismos antropológicos o cursilerías. Y el asunto del amor con Catalina le resultaba en

general muy sazonado. Demasiadas fantasías revoloteando en la penumbra, presencias ocultas en las sombras, ruidos, murmullos, súbitas detenciones. O tal vez el problema era que su esposa siempre quería las cosas a su manera, con una aburridora igualdad de oportunidades en la que Patricio alcanzando un leve placer se consideraba habitualmente perdedor.

Y después, cuando iban juntos al videocentro, Catalina tomaba con retador desparpajo las películas triple X, estudiaba los estuches y hacía comentarios en general burlones. ¡Qué le podían enseñar esas individuos, si ella misma movida por la naturaleza fogosa e impaciente o por los demonios de los espejos se había atrevido a llenarse la boca sin recato!

Entonces fue Patricio quien comenzó a alejar a su cónyuge de esas películas. No quería tener una esposa perversa, no tan perversa. Que se atreviera a todo en la cama, pero que no se aficionara a la pornografía. Aquello era un vicio sucio y contaminante, un vicio de hombres, que sólo se permitían en las fiestas de fin de semana, cada vez más escasas por la infinidad de incidentes de la vida y el humor cada vez más agrio y veleidoso (cada vez más filosófico y lleno de imaginaciones) de Catalina.

—¿No te aburre saber que vas a hacer lo mismo una y otra vez con la misma persona durante treinta o cuarenta años?

—No me aburro de respirar, y eso lo hago cada dos segundos.

La verdad es que sí había una dosis de aburrimiento con su esposa y ello tenía que ver con la rutina. Si lograban escapar de la casa, del trabajo y la

ciudad, y hacerlo cerca de la playa, en la montaña o en un hotelito de paso cercano —cómo olvidar la casa de las columnas—, el acto resultaba memorable. Era como un retoñar de aquella vieja pasión de los primeros días, cuando podían hacerlo tres o cuatro veces en una noche y Catalina lloraba silenciosamente de dicha y pena a la vez. Entonces todo era simple y estaba rodeado por un halo de candor.

Patricio logró alejar a su esposa de la pornografía. Pero él mismo no pudo abandonar a sus mujeres de vídeo. Cuando pasaban semanas y hasta meses sin que Catalina fuera propicia, Patricio perdía el sueño, se levantaba a media noche, bajaba al bar y poco a poco se iba dejando ganar por la idea de que se acercaba la hora de esa especie de reivindicación y de consuelo. Es claro que se avergonzaba del asunto y que muy en el fondo sufría por la añoranza de una especie de santidad conyugal que ya no podría sustentar. Es claro también que Catalina tenía parte de la culpa, por no cumplir con sus deberes constante y periódicamente. Había de todos modos una reserva de felicidad en ese vicio oculto: saber que sí podía serle infiel a su esposa, aunque fuera con señoras de celuloide. Era su partecita podrida, su gusano en la manzana. “Todos los seres humanos tienen su gusanito”, se decía. El de Catalina era una necesidad de analizarlo todo, de mentirse a sí misma con imaginaciones, una especie de neurosis obsesiva que la llevaba a destruir cualquier principio de armonía. Se le perdonaba eso y lo demás, porque así como sabía odiar a fondo y estaba a punto de mandarlo todo al infierno por una pequeñez (y todo era más que suficiente: la casa de

tres niveles, el auto, una sirvienta a veces, los niños en buenas escuelas y vacaciones dos veces al año) también era una mujer amorosa, dedicada a sus hijos, ordenada y, sobre todo, eficiente. Ella era la que aportaba el 75 por ciento de los ingresos familiares y la que los administraba. A su esposo le proporcionaba apenas lo suficiente para la gasolina, el periódico y 200000 pesos semanales en efectivo para gastos de emergencia. Entre los gastos de emergencia entraban, naturalmente, las damas de vídeo.

Cuando el licenciado regresó el lunes de su trabajo, agotado por la inactividad de la oficina y las batallas de la noche anterior y la mañana, vio que su mujer abría la puerta de la casa con una amabilidad sorprendente. Estaba de buen humor. Ofreció sus labios al beso. Patricio la abrazó estrechamente, la miró a los ojos y le preguntó retador:

—¿Será posible que esta noche tengamos una fiesta?

Catalina suspiró, agarró de las orejas a su marido y clavándole los ojos en las pupilas, le dijo:

—Entiéndeme, amor, no me interesa. Estoy en un periodo de balance emocional. Prefiero dormir en el cuarto de la niña.

Patricio esbozó su muy sincera sonrisa de santo. La clave de la felicidad matrimonial era sencillísima: a la mujer, lo que quiera.

Cerró los ojos por un segundo y recordó la expresión cándida de la pequeña alemana, que lo esperaba ansiosa en el fondo del baúl de la ropa de invierno. ¿Por qué hacerla esperar una semana?

El licenciado Patricio Dióscuro vio que sus hijos

corrían hacia él, abrió los brazos y la recibió como quien recibe un beso de Dios en la frente.

Sueños de un buen cristiano

Yo mismo abrí la puerta y volví a cerrarla antes de que el viento y la lluvia convirtieran la sala en un paisaje de catástrofe. Le permití entrar por elemental compasión. Lo que vi podría haber sido cualquier cosa, pero nunca lo que resultaría ser, una criatura tan desquiciante, tan sutil y de alguna forma prescindible: un enorme pantalón como de payaso, un suéter gris—perro demasiado grande, la cabellera como una gran mano negra, brillante y salvaje, cubriéndole el rostro, la espalda y los ojos, unos ojos esquivos, movedizos. No supe cómo se le ocurrió a Catalina aceptarla en casa. Creí ver en ella una mirada torva, como de ave de rapiña. O tímida, humillada por la vida. A partir de ese instante fueron precisamente sus ojos los que me desconcertaron. Desde el primer momento se empeñó en trabajar mirando al mundo de manera oblicua, no por humildad, supongo, sino por recelo, y no quiso sentarse a comer sino que anduvo por toda la casa husmeando el terreno y tocando las cosas con desconfianza de ciego. No sabía leer ni hacer cuentas, pero sí cocinar lo básico, desollarse las manos lavando ropa y repetir con fidelidad de grabadora los mensajes. Por sus rasgos conjeturé que venía de Arauca o Caquetá, de un pueblo al que sólo llegaría la civilización como una sospecha. Tocó a nuestra puerta gracias a la recomendación de la agencia de turismo, la misma que nos tuvo en la casa de las columnas. No entiendo cómo fue que Catalina, que guarda tan extraña memoria de aquella casa

y tantas sospechas de la famosa agencia, aceptó que trabajara en casa. Al segundo día le dijo a mi mujer que estaba incómoda, que no se hallaba. Tal vez porque su baño es de rejillas de madera y cuando está en menesteres íntimos se siente como inmersa en una pecera. El caso es que la niña no se ha bañado desde que llegó. Cuando se la invita a que coma, dice en voz baja que más tarde. Y si se le insiste, simplemente pone un poco de arroz en un plato y se lo come de pie. En su medio español dice: “Así como yo y así me alimento mejor”. Y uno piensa en un perro que alterna el comer y el mirar temeroso a su alrededor.

Ya tiene sus pechitos desarrollados y deben ser una imagen del cielo. Veo como levantan los tejidos de su suéter gris—perro y la imaginación se me llena de aire fresco observándola respirar. La casa por primera vez en muchos días está ordenada, aunque hay secciones en desorden, lo que es natural, siendo nuestra asistente doméstica apenas una niña.

Al tercer día de la llegada de la muchachita, mi esposa y yo estuvimos deambulando por la casa hasta que dieron las diez, hora de dormir a los niños y de clausurar las rutinas domésticas. (Cada vez que cierro la puerta de la habitación conyugal imagino que abrimos paso a un territorio distinto, más libre y emocionante, en el que todo está santificado por la presencia de un Cristo que nos mira complaciente desde su cruz, también pienso que las depresiones, los fantasmas que visitan a Catalina, algún día desaparecerán y volveremos a ser los de antes). Nos despedimos de Atiú, le dimos nuevas cobijas y la mandamos a la cama. Nos acostamos, vimos el noticiero, mi esposa

jugó con el control remoto hasta que propuso, durmámonos, y casi inmediatamente cumplió su propósito. Yo no pude. Mi cuerpo todo parecía un inmenso receptor, una cosa grande, gozosa, dolorida y despeleja que estaba al acecho de sonidos, olores, temblores, vibraciones, sombras. La saliva se condensaba en mi boca. De mi estómago ascendía un humor agri-dulce. No había ruidos en el cuarto de los niños ni en la biblioteca e incluso el perro, al que dejamos dentro de la casa cuando hace frío, no daba señas de estar despierto. La idea de hacer una excursión nocturna y pasar cerca de su habitación no me pareció nada prudente. Atiú estaba demasiado fresca en casa. Me desnudé, como de costumbre cuando veo que mi esposa está dormida, y me tendí a su lado para disfrutar del calor animal de su cuerpo. Me ceñí con fuerza a Catalina. No sé por qué me acogota la angustia cuando veo que ella se entrega al sueño y me deja como un naufrago en la orilla. A veces basta rodear con un brazo su cuello o abarcar su cintura o posar mis manos en la tersura de sus muslos para sentirme arrastrado, libre de expectativas, de ansias y debilidades. Pero no esa noche. El tic tac del reloj de péndulo me arrojaba de pared a pared, dejándome sangrante y sudoroso, en un entresueño de pesadillas de las que salía a flote con la idea de que los ojos de Atiú acechaban en la oscuridad. Comencé el movimiento de salir de la cama para ir abajo a buscar un trago. Antes de que cerrara la puerta de la habitación conyugal, Catalina, que aun dormida conserva los buenos modales, me dijo no olvides ponerte la bata, recuerda que hay extraños. Y es que tengo la vieja costumbre de andar en paños

menores por la casa cuando todos están dormidos. Me fui paso a pasito con la bata pesando sobre mi cuerpo. Estaba tan negra la noche que decidí cerrar los ojos y jugar a adivinar mi camino. Fui a la cocina y regresé al dormitorio con el trago y un cigarrillo iluminando mi paso. No me atreví a desviarme hacia la habitación de servicio. Mientras ascendía por las escaleras algo en mí comenzaba a rasgarse. Era como si el cuerpo tirara hacia abajo y el espíritu hacia arriba. O al revés. Para entonces ya serían las dos de la mañana. Cuando entré a la habitación, Catalina estaba fingiendo dormir. Lo supe porque al acercarme a ella, lanzó un suspiro que conozco bien, resignación, alivio o advertencia, no sé. Cayó en el anzuelo, me quitó el cigarrillo de la boca y le dio mejor uso a mis labios, mientras ella aspiraba el humo con largueza y apasionamiento. Escuché ruido de pasos acolchados y pensé que era el perro, ahora sí despierto, alertado por nuestros susurros y sin embargo, como de costumbre, discreto. Ya me había acostumbrado a encontrarlo tendido a la puerta del cuarto, con el hocico entre las patas, durante las viglias de amor. Esa noche fue una de las que apunto en el calendario, Catalina estuvo más elocuente y osada que nunca. Uno de mis principios morales: no hay que llevar demasiado lejos la perversión con la esposa. El Cristo es testigo de que tengo sentido de los límites. Y así estuvo la molienda, alargada como de costumbre por Catalina hasta la exasperación y luego, cuando me tocó a mí el deleite, se ocupó con impiedad y me fue acabando muy pronto, de modo que tuve que decirle que rápido me abriera las puertas y apenas llegué me pude des-

cargar en ella en parte y en las sábanas el resto, y Catalina se enfurruñó, dormimos espalda con espalda y al día siguiente ella, yo y los niños llegamos tarde al trabajo y a la escuela. Cosas de la vida.

Un secretito: por fin Atiú se ha bañado. Lo hizo con la luz apagada. Al pasar a su lado un olor indiscernible me trajo incómodos recuerdos, detalles de niño que uno evoca ya viejo. Eso y la primera comunión fueron mis grandes emociones. Las ventanillas de mi nariz se ampliaron para oler su piel recién lavada. Pero lo que más me impresionó no fue el olor, sino la larguísima cabellera negra, húmeda, esa gran mano destellante que se despeñaba en un torrente de agua violenta desde su cabeza, torneando su nuca, sus hombros, su espalda, la curvatura del inicio de sus ancas. Una cabellera que en lugar de vestirla lo que hacía era desnudarla. Al sentirme pasar a su lado levantó ligeramente los ojos e hizo con sus labios un rictus que me pareció de falsa contrariedad o coquetería. Quise adivinar una sonrisa. Sin duda ya se dio cuenta. Lo que no sabe es si me puedo atrever o no. Recibí el latigazo de su cabellera y seguí de largo.

Al cuarto día Catalina habló en privado con Atiú. Luego me llamó. Se va a ir, te lo digo, simplemente no se halla. Le pedí que le diera confianza, que la llevara de compras. Eso hizo. Pasaron la tarde juntas y ahora Atiú está pintando con los sagrados pinceles de Catalina. Y es que la ha impresionado. Si hay algo que le llame la atención a mi Catalina es la gente trabajadora, la gente ordenada, y Atiú lo es. Esta noche tomaremos café e iremos a la cama. No creo que suceda nada interesante. Pero quién sabe. Los

caminos del Señor son inescrutables. Ya en la cama hago un balance: lo del primer baño de Atiú tendría otros pormenores. Al pasar al lado de ella sentí un olor curioso, no era el aroma común de un jabón barato, ahora lo comprendo, sino algo más fuerte. Imaginé baños de hierbas y cosas de esas. Sortilegios, enjuagues, limpiezas, asuntos de indios. Luego, al ir a investigar al baño, me di cuenta. El jabón de la ropa, el mismo que usamos para bañar al perro, estaba húmedo. Pobre Atiú, tan humilde que no se considera digna de un jabón de aroma. Otro dato: al servirme el café, se acercó bastante. Rozó con su mano mi rostro sin turbación alguna, con naturalidad, imaginé que lentamente. Su larga cabellera fue como una brisa tibia a mi lado. No pude evitar estremecerme de placer. Afortunadamente Catalina no lo notó. Más tarde, mientras le miraba las piernas (oscuras, largas, fuertes como las de una pantera, ya sin los pantalones de payaso, con una falda amplia y adornada por olanes como orejas de elefante, ropa que le han regalado, sin duda) me di cuenta de que Catalina había visto que yo estaba mirando a la niña, pero fingió no haberlo notado.

—No me lo vas a creer —dijo Roberto Guaraldo en la oficina— pero sospecho que las esposas lo hacen a propósito. Contratan a cabritas para abrirle el apetito a sus viejos cabrones.

Nunca falta un morbosos como Guaraldo en las oficinas.

Por la mañana repetimos todos los rituales de la eternidad. Catalina haciendo pereza apagó el despertador. La siguiente noticia fue que faltaban quince

minutos para las siete y era necesario colocar a Patricio en la escuela, bañado, desayunado y con todo su equipo de libros, uniforme deportivo, lonchera, cuadernos firmados, en orden. Un verdadero récord mundial. Lo logramos. Luego fue la batalla con Diana, que había dado en fingirse enferma para no ir al kínder. Y mientras tanto Atiú seguía durmiendo y Catalina le respetaba el sueño porque ayer había estado resfriada. Bueno, ya con Patricio, Diana y Catalina colocados en sus respectivos lugares (mi mujer es gerente de ventas de una línea aérea), tomé la decisión. Si el tren iba a pasar justo por la mitad de la sala, que pasara. Calenté el boiler diciéndome que lo de la higiene era lo más sencillo y natural del mundo, una especie de recurso universal, es decir, la gran alianza. Entré al baño, me desnudé y abrí la llave del agua caliente. Sabía o suponía que Atiú iba a hacer exactamente lo que le pidiera. Tonita —así la llamo a veces—, ven acá, por favor, dije sin poner autoridad alguna en mi voz, apenas con un poco de cariño que no fuera muy evidente. La niña se acercó al baño enrejado y permaneció a la escucha.

—Mira, Atiú, ya me di cuenta de que ayer te bañaste con el jabón del perro. Eso no está bien. Es necesario que te bañes bien y que te quites esa porquería pues te puede dar hasta sarna. Entra y báñate.

Atiú entró. Ni siquiera protestó porque yo estuviera desnudo.

—Quítate la ropa —le dije sin voltearme a verla.

Hubo un intento de protesta.

Pidió que la perdonara, dijo que el baño era muy estrecho, propuso que primero uno y luego otro. Le

respondí que no se preocupara, que donde se baña uno se bañan dos, le dije que se apurara.

—Termina de desvestirte que voy a bañarte como nunca te has bañando.

Adiviné con el rabillo del ojo que la niña estaba iniciando el movimiento de desvestirse. No quise voltearme pues temía asustarla y además suponía que el ver sus prendas interiores sucias o rotas me desilusionaría. “Voy a ser muy cauto”, me dije.

Acércate. Atiú se acercó. Métete debajo del agua, mójate bien. La nena lo hizo. No la miré sino lo indispensable. Aquello era como el cuerpo de una nutria recién salida de un espejo de agua en la selva, un terciopelo liso, bruñido y duro como la caoba. Tomé el jabón y comencé a acariciar su espalda. El jabón se deslizaba con el cariño de la mano de un amante. Llegué a sus nalgas y luego conduje mi mano con el jabón hacia el frente de su cuerpo, donde me entretuve en el ombligo. Luego estuve en una lucha entre el norte y el sur. Triunfó el norte y me dirigí a sus pechitos. Ya para entonces, oh dios de los anhelantes, tenía que ocultar lo inocultable. Dirigí el jabón hacia su bustito y lenta, muy lentamente, estuve bordeando las faldas y apenas rocé, con un tacto suavísimo, las cimas, para luego huir a zonas más neutras, su cuello, su rostro, la nuca, los omoplatos. En ese momento sonó el teléfono y supe que en la oficina me estaban extrañando. Por un instante sentí que la intromisión de aquel aparato infernal nos alejaba de la intimidad que tan difícilmente habíamos logrado y que la niña, súbitamente, había comenzado a percatarse de que aquello no estaba bien.

—El teléfono, señor —dijo Atiú.

—Déjalo sonar, respondí.

Veinte años de puntualidad representan un récord que pocos pueden soslayar. Ella permanecía en silencio, no sé si disfrutando del agua, tratando de hallar un significado a lo que estaba sucediendo o buscando una respuesta adecuada a mis ceremonias. Finalmente exclamó con inocultable placer: está caliente.

—¿Nunca te habías bañado con agua caliente?, le pregunté.

—No señor, dijo, es lindo, y además es mi primer trabajo con la agencia.

No quise interpretar su respuesta. Me puse de rodillas y le enjaboné las corvas, los muslos, y con muchísimo tiento los entremuslos. Atiú abrió poquito las piernas y permitió la higiene. Vio entonces lo que era inevitable y expresó curiosidad. Mi vergüenza, al sentirse aludida, dio un envión, pero afortunadamente pude contenerla.

—Lo que pasa —dije— es que el agua caliente hace que el cuerpo sufra cambios.

Atiú me miró y se miró a sí misma sonriente y dijo:

—Tiene razón el señor.

De ahí no pasó la cosa. Atiú se secó con su toalla, una especie de trapo de piso. Yo arreglé mis asuntos y salí para la oficina, no sin antes decirle:

—Lo del baño es asunto privado entre tú y yo, ya sabes que Catalina es muy quisquillosa.

Atiú asintió con un lindo caer de pestañas. Sus ojos no eran de ave de rapiña sino de canario, redondos, asombrados. De nuevo recurrió a su falda con olanes gigantescos y a su suéter gris—perro. Me pro-

metí comprarle una ropita menos aparatosa. En el pelo que caía a sus espaldas, a nivel de la cintura, se había anudado una cinta de color rosado.

El día anterior, cuando estaba ante la computadora con la puerta semiabierta, la niña se acercó, tocó con delicadeza y me preguntó algo, no recuerdo qué. Me miró con curiosidad y luego, bajando los ojos dijo:

—Usted perdona, señor, tiene el suéter al revés.

Se lo agradecí grandemente. Les aseguro que habría ido a la oficina con el suéter al revés, lo que me hubiera convertido en el hazmerreír de todos y no me daría cuenta hasta que regresara a casa y Catalina me hiciera notar la bobería.

Quinto día. Poco a poco va tomando confianza. Su media sonrisa se transformó en franca alegría. Ya le hace travesuras a Diana. Le cubre los ojos con las manos y pregunta quién soy. Quiere estudiar. En un momento aprendió a leer la hora y la tabla del dos. Ahora que salió el sol usa una faldita corta, de tejido tenue, que me consuela. Basta. Son las doce de la noche. Sentado en mi reposet, de pronto doy un salto. Si le digo que le voy a enseñar secretitos y la inicio así de golpe y comenzamos a llevar una vida secreta después de la medianoche, cuando todos duermen. Podría ser una bonita historia, siempre que no hubiera remordimientos o consecuencias. El problema sería el cansancio, la dificultad de llevar doble vida. Todo está en que ella conserve la inocencia y en que yo no me deje vencer por un moralismo de baja calidad. San Agustín supo pecar y luego redimirse. Hasta para ser malvado se necesita clase. Lo cristiano no quita lo perverso. Bien dice san Pablo que los peca-

dos de la imaginación son disculpables. Atiú acaba de entrar y retira, con toda confianza, la ceniza de mi tercer cigarrillo del día. La niña cumple al pie de la letra lo que le digo. Porta una cinta azul amarrada en una muñeca. Ya entiende que mi estudio es sitio sagrado, que debe estar siempre limpio. Pienso en la facilidad con que permite el contacto de sus manos con las mías. Y ahora recuerdo que anoche, una vez que vi a Catalina dormida, fui a visitar a los niños, los cubrí bien y les di sus besos. Luego bajé a desocupar la vejiga y a tomar agua. Después subí a la azotea a mirar las estrellas. Escuché que Atiú tosía y supuse que su tos era un recurso para llamar mi atención. Oí su voz suplicante. Señor, me siento malita.

Entré a su cuarto. Inmediatamente un olor violento me acometió. Vi sus pies desnudos y llegué a la fácil conclusión de que los baños no bastaban para civilizar a la niña. La pobre traía años de olores atrasados.

—Me duele el pechito —dijo.

Me acerqué. Metí mi mano bajo su blusa y sentí su pecho brincar como una ratita en un sartén ardiente.

—Con razón, tienes fiebre, le dije.

—Lo que necesitas es un masajito. Quítate la blusa.

Lo hizo y me mostró con confianza casi conyugal sus pechos. Una delicia como sólo la ha pintado Bougereau, apenas brotando jubilosos, creciendo frutales, de maravilla, llenos de entusiasmo.

—Se siente bonito —dijo, tiene su mercé buena mano, seguro que todo lo que siembre va a crecer, qué dichosa debe ser la señora Cata, con esas mano-

tas suyas de usted para ella solita.

Estaba sonriendo en la oscuridad y sus facciones aun más oscuras resaltaban el blanco de sus dientes y el fulgor de sus ojos. Le preparé un té de canela, que bebió caliente, lo que la puso a sudar.

—Ahora a dormir —le dije. Cuando yo iba bajando las escaleras sentí que suspiraba, ya su tos era más mesurada, como si la visita le hubiera calmado las ansias.

Octavo día. Ayer, antes de que todos saliéramos como pavos navideños hacia la iglesia, Atiú nos llamó aparte y nos dijo que se va a ir, que quiere regresar al rancho y olvidarse de los trabajos de la agencia. Mi mujer me mira con suspicacia de te lo dije. Sin quererlo, sin pensarlo, le digo:

—sí, hijita, tienes que irte, trece años no es una edad para andar sola por el mundo, hay mucha gente mala, lo bueno es que caíste en casa de buenos cristianos.

Ya en la iglesia no pude armar ni un Padre Nuestro. Cerré los ojos y me entregué a la devoción de recuperarla. Su busto, sus piernas, su olor, su mal olor, su cabellera, sus manos, su boca, su entrepierna, la caída de sus pestañas, el torneado de sus nalgas, la media sonrisa, el fulgor de sus ojos. Al regresar me dediqué a mirarla con mayor fruición. Cada vez que pasaba a mi lado se me iba el alma con ella. No dudo que mi mujer estuviera disfrutando del asunto. Es posible que Guaraldo tenga razón. En ocasiones la sonrisa soterrada de Atiú me hace suponer que no es tan casta como parece. Tal vez guarde su secreto, tal vez sea una putica que trabaja por encargo de la

agencia y con la complicidad de las esposas. De todos modos cada vez que pasa a mi lado mis ojos se van hacia ella irremediabilmente y espío su busto y sus nalguitas con avidez y miro sus piernas. Ella se deja mirar. Le divierte notarlo. A veces se pasa de amable. Está pendiente de cada uno de mis caprichos para cumplirlos. Ayer, antes de que yo saliera rumbo a mi trabajo, me dijo:

—Don Patricio, tiene un cordón de zapato desamarrado.

Inmediatamente se puso de rodillas a amarrarlo. Y, sin embargo, su servicialidad no es obsecuente. Anoche subí, a eso de las doce y olí sus patas. Me acerqué a ella y le dije:

—sabes qué, Atiú, te huelen mal los pies. Quiero que te bañes ahora mismo.

Ella obedeció. Yo bajé las escaleras y estuve imaginando su baño, mientras abrazaba a mi mujer. No podía atreverme a más.

Por la mañana vi tendida la ropa de Atiú, pero no hallé prendas interiores. O tiene apenas un calzón y un corpiño o esconde sus mudas de ropa. Atiú ya dijo que se va a ir de la casa el 31 de marzo, entonces terminará esta tortura y regresaré a ser el de antes. Casi me siento en paz con el Señor. Acaso sea una prueba más. ¿Vale la pena dejarse llevar por el pecado? No sé. A veces gozo esta situación, pero definitivamente no sufro por ella. Atiú ha llorado inconsolablemente. No quiere irse, pero quiere irse, en realidad no sabe lo que quiere. Y ya mi esposa decidió que si ella no se va, nosotros la echamos a la calle.

Nos visitó la sirvienta perfecta. Rechoncha, efi-

ciente, servicial, asexual, con bigote y cuello de toro, una boyacence rubicunda que podría echarse un bulto de cien libras a la espalda sin fruncir el ceño. No espera nada de la vida sino levantar a sus hijos, trabajar y morir tranquila. A eso aspira. Mi mujer confía en ella. Le pidió que regresara dentro de una semana: doble sueldo y dos días semanales libres. Ya Atiú ha dado muestras de pereza adolescente. No vamos a esperar hasta el 31 de marzo. Que se vaya, eso es. Resulta una pena, pero yo estoy de acuerdo. Esto no puede seguir. Amanece. Atiú trabaja con melancolía. Acaricia la escoba, pasa las manos lentamente sobre los platos, parece estar dejando algo de sí en cada cosa que toca. Esta tarde se va. Me prepara el desayuno, plancha mi ropa, alista el termo de mi café para la oficina. No deja de llorar. No sé qué hacer. Estoy a punto de salir con mi maletín. Será la última vez que la vea a solas. Atiú me abre la puerta. Tiene las manos sobre el rostro. Cuando ya estoy montado en el coche, me llama.

Don Patricito, dice sin separar las manos de su rostro, lágrimas escurren entre sus dedos,

—quiero pedirle una cosa.

—Lo que quieras, respondo. Yo he visto como quiere su mercé a la señora, los he pensado apercolladitos mientras duermen a lo oscuro de la mañana, escuché varias noches los ruidos del amor, quiero pedirle una cosa y me da mucha pena.

—Lo que quieras —le digo irresponsablemente.

—Quiero que esta mañana no vaya a la oficina, que se quede conmigo, que me lleve a la cama de sus mercedes, que me abraze como abraza a la señora Catali-

na, que me tenga así acongojada unos tres minutitos, y después, si quiere, me hace las cosas del amor, yo me dejo, sé que duele, me dijo mi mamá, y la agencia me advirtió que está prohibido, pero también sé que nadie podrá hacerme la primera visita con cariño y respeto como su mercé y yo, sabe, se lo agradeceré toda la vida, y le juro por la virgencita que no se lo diré a nadie, lo guardaré como una carta de amor.

¿Qué hacer? Cumplí su deseo. La niña estaba entera, como uno de esos pollitos que no terminan de salir del cascarón y a los que hay que ayudarles a nacer. Después de mantenerse con los ojos cerrados, en paz, ya sin llorar, se entregó con dulzura y fui tan cauto, tan cariñoso como sólo puede serlo un hombre en el último hervor, sabiendo que a Atiú la espera allá afuera un mundo que tal vez no le sea propicio, pero que con el recuerdo de esa mañana de amor, tal vez le sea más leve, como acaso lo sea para mí lo que resta del camino para llegar a donde me toca. Espero que el Señor comprenda y sepa perdonar, si es que hay pecado.

A las doce me llamaron de la oficina. Tuve que ir. Cuando regresé a casa, Atiú no estaba. Y al entrar a la habitación conyugal creí ver que el Cristo que tenemos sobre la cama me guiñaba un ojo.

El humilde Willy en Cuba

—En un cabaret cubano comenzó la semana más inolvidable y terrible de mi vida —dice Willy.

Le pido que siente su cuerpo de armario inamovible en la única silla sobreviviente e instale su calva pecosa bajo las luces de neón. Se pasa la mano por la cabeza sudorosa y arranca con entusiasmo de cum-biambero. Yo me arrellano en mi sillón, doy la espalda al panorama completo de las demás oficinas y me dispongo a escuchar.

—Anduvimos de club nocturno en cabaret y de cabaret en bar de mala muerte metiendo ron Habana, whisky, ginebra y hasta aguarrás, a mi costa, claro, dice Willy.

Y yo imagino cuánto le habrá costado ahorrar cada peso.

Y el Ribeira *No Escritor* me decía: Bueno, chico, cuál quieres. Basta que yo trueque los dedos para que vengan contigo.

Y como Willy no se atrevía a escoger, Ribeira Dos llamó a una negra relumbrante, una fiesta de mujer. Le colocó un dedo en la coronilla, la hizo girar y dijo:

—Esto es una mujer, chico. Si fuera coche sería uno de esos Packard dignos de Aristóteles Onassis.

La negra se sentó al frente de Willy. Dos segundos después mi amigo comenzó a sentir que un pie de planta blanquísima le trajinaba las zonas sentimentales, mientras la negra hablaba del tamaño de todas las partes de Fidel.

—Chico, que la revolución no la hizo con el fusil

sino con la tranca, decía, y venga a vapulear las noblezas de Willy.

Pero antes de seguir con esta historia que podría ser cómica si no fuera patética y que sin duda es trágica porque involucra y parece humillar a todo un país, tengo que abandonar Cuba y regresar al momento en que Willy entró a mi oficina, muchos meses antes del viaje a la isla, con el pretexto de pegar un afiche en la pared. Todo eso desencadenó lo de la negra, Ribeira Uno y Dos y sus consecuencias. Pidió permiso para pegar el afiche y se lo di sin molestarme en voltear a verlo. ¿Ya fuiste por tu café?, preguntó. Negué con la cabeza. La verdad es que yo no estaba muy interesado en entablar plática. Sabía que sería cosa de nunca acabar. Es el tipo de personas que pasan sin transición del saludo al chisme, de este a una confidencia, de ella a un informe sobre el precio del dólar, luego a la evolución del clima o a la decadencia de las costumbres y así sucesivamente hasta que la víctima cierra los ojos y aguanta el chaparrón o simplemente lo manda al cuerno.

Tengo que decirlo: caí en la trampa de la ternura. Willy es tan indefenso, tan humilde sin razón (es doctor en derecho y sin embargo en la oficina se encarga de la correspondencia, prepara el café, lava las tazas si es necesario y se deja abusar con una generosidad sorprendente).

Le comenté que había leído el manuscrito del cubano (Ribeira Uno) y que lo había aprobado entusiastamente.

—Si el jefe no dice otra cosa lo vamos a publicar, le dije.

Willy se puso las dos manos de simio sobre la cara rubicunda y pecosa.

—No lo puedo creer, dijo, y yo voy a ser el culpable de la felicidad de Ribeira, habré salvado por lo menos un alma de Cubita la bella.

A partir de ese punto el barco de Willy derivó hacia el Ribeira Escritor, lo que me interesaba un poco, pero no lo suficiente para abandonar mis rutinas. Luego enrumbo hacia su reciente viaje a Cuba y mencionó a una mulata. Entonces fue cuando me di cuenta de que Willy merecía que lo invitara a sentarse. Soy un sibarita que incluso de oídas disfruto de las mujeres, aunque sean ajenas o imaginadas.

Procedamos con orden. Por alguna extraña circunstancia en la que estaban involucrados el carácter samaritano de Willy y el comercio indiscreto con el correo de la editorial, nuestro amigo de pronto se convirtió en el receptor de una serie de paquetes bastante dignos de sospecha. Los curiosos vimos que Willy desenvolvía sus paquetes con aires de perro en su hueso y que le robaba tiempo a la editorial para redactar largísimas cartas, lo que hacía con inútil sigilo, pues el camino al baño pasa exactamente tras su escritorio y es inevitable enterarse de sus travesuras. Nuestro Willy tenía sus secretos, pero era servicial y por ello se le respetaba (aparentemente). Lo que nunca pudimos digerir fue que de alguna manera terminara por leer casi todas nuestras cartas, generalmente apelando al burdo expediente de que llegaban rotas. Creo que su costumbre era una forma modesta e insultante de vengarse de una vida lombricera.

Pasado el tiempo, Willy comenzó a prolongar sus

escritos de perro en su hueso lo que nos hizo sospechar que la maldición había caído sobre él: una de cada cinco personas que llegan a trabajar a esta oficina, terminan dedicándose a la literatura, no sé si para bien o para mal. La verdad es que a nadie le importó ni le importaría, pues lo que menos le interesa al jefe o a los empleados es que alguien efectivamente trabaje. Ni aquí ni en ninguna parte de este país la gente quiere trabajar, sino llevarla suave y sufrir con los partidos de la selección nacional. Cumplir horarios, eso sí, siempre que se trate de personal de base. Willy cumplía horarios y además de hacer el café y llevar y traer cartas, amarrar paquetes y contar chistes sucios a las secretarias —con una inocencia bárbara, por supuesto— seguía dedicándose a lo que parecía un interminable comercio epistolar. Eso no alarmó a nadie. Más bien nos dio un respiro, pues Willy en lugar de incordiar con su cháchara se dedicaba a picotear en la Olympia ferrocarrilera con pasión de boxeador pobre. Pero luego, cuando vimos acumularse las hojas, comprendimos que aquello no podía ser simplemente una carta, sino que amenazaba con géneros mayores. Revisando su basurero en uno de los días de asueto, descubrí hojas de un texto hecho bola. Estaba escrito a mano sobre un papel francamente infame. Leí un par de líneas y llegué a la fácil conclusión de que Willy se dedicaba a pasar a máquina una novela que sin duda era ajena. De ahí a inferir que la obra objeto de tan sumisa transcripción era hechura de un cubano no hubo más que un paso: papel revolución, un par de expresiones, la mención de algunos sitios que conozco en La Habana, eran indicios suficientes.

Durante varios meses vimos a Willy empeñado en su tarea y asistimos al instante en que él mismo se apersonó en la oficina del jefe, llevando en una mano una taza de café y en otra el manuscrito.

Entre disculpas y reverencias lo ofreció para su lectura.

—Es que, dijo titubeante, yo no sé nada de literatura, pero me atrevo a pensar que aquí hay algo que puede ser un buen libro de cuentos y como he escuchado que en este país ya no hay escritores sino puros fariseos de la pluma o taxistas metidos a literatos, pensé que de pronto un cubano pudiera salvar el prestigio, de hum, la Editorial.

Arrastró con su palma prehistórica una a una las gotas que perlaban su calva sudorosa y colocó un mazo de hojas de color café con leche (más café que leche), verdaderamente amenazante, sobre el escritorio del jefe. El jefe, que no tiene ni un ápice de sentido humanitario y que no conocía la historia completa del martirio de Willy, casi sin levantar la vista de los poemas que estaba fingiendo traducir, dijo:

—Tiene que hablar con la secretaria para que le dé tres copias del formato de solicitud.

Listo. Willy cerró la puerta con el manuscrito bajo el brazo. Se paró frente al escritorio de Yocasta. Colocó el mazo café con leche al lado de la computadora. No tuvo que decir una palabra, pues en esta oficina tenemos un sistema acústico perfecto.

—Tiene que presentar tres copias perfectamente legibles del manuscrito, llenar tres formatos de la solicitud y que los firme el autor, luego esperar entre tres y cinco meses la respuesta.

Yocasta le extendió displicentemente los formatos y volvió a lo suyo: comer.

Willy regresó compungido a su escritorio. Supongo que sopesó con desolación las quinientas páginas y consideró cuatro posibilidades: una, sacar dos copias más con su máquina; dos, gastar su pobre salario en fotocopias; tres, suicidarse. La cuarta opción, que era la más lógica (escribirle al autor y decirle que se rascara sus propias pulgas literarias) estoy seguro que ni siquiera la consideró. De las tres opciones iniciales, la primera y la tercera eran las más viables. Seguramente descartó la segunda sin mucho conflicto de conciencia. Suicidarse, imposible: Willy tiene esposa y tres hijos y un alma pía que le impide someter a su gente a los rigores del hambre y la nostalgia. Total que lanzó un gran suspiro y emprendió la tarea de pasar a máquina otras dos copias.

La más borrosa es la que llegó a mis manos. El jefe me la dio con toda la mala intención del mundo. Antes de despedirme de la oficina sonrió cómplice. Entendí con facilidad: esperaba que yo pusiera sobre mi mesa de trabajo puñales, hachas, sierras, seguetas, y que le entregara, más que un dictamen de lectura, una autopsia. Y es que los tres libros más recientes que han tenido la desgracia de caer en mis manos terminaron hechos jirones.

Cualquier lector medianamente profesional habría rechazado el libro de entrada. Era imposible distinguir una “e” de una “a” o una “o”. Esas tres vocales eran un único e irreductible manchón, un punto gordo en la hoja. Más que leer, adiviné. Pero mi adivinación me dejó maravillado. Ribeira Uno (ya

habrá oportunidad de presentar a Ribeira Dos) tiene un estilo paradójico a morir: torrencial como una avalancha en los Alpes o como una avenida en el Orinoco, pero tan fácil de leer, tan agradable, que fluía como un arroyuelo en un prado manso.

Mi informe de lectura fue entusiasta: “Hacía mucho tiempo no leía un libro de cuentos tan arrasadoramente ameno, con textos sólidamente fundamentados en símbolos locales, pero fácilmente compartibles. Conjeturo que las limitaciones comerciales y culturales de la Cuba de hoy han acrisolado este talento musculoso, convirtiéndolo en una especie de atleta de la literatura, que habría naufragado en un país con libre comercio, computadores a destajo y libertad absoluta de creación. Recomendando enfáticamente la publicación de este libro”.

En cuanto Willy supo que su protegido había triunfado vino sudoroso y feliz a celebrar, y de paso a soltar toda la sopa, que le hacía pesar la masa encefálica. Reveló que el origen de todo había sido una carta que llegó rota y que él debió remendar antes de entregársela al jefe.

—Tuve la debilidad de leerla, dijo Willy, y me enteré de las penas que pasan los escritores en Cuba. A última hora decidí guardarme la carta y entrar en contacto con Ribeira, haciéndome pasar por el jefe.

Luego vino lo de la mulata, como una especie de consecuencia o premio o castigo. Vaya uno a saber.

Fui a Cuba en una de esas excursiones baratonas, pero en lugar de seguir el tour, busqué a Ribeira. Es un tipo absolutamente intelectual. No sale de su casa, lee 18 horas al día, ha escrito ciento cincuenta ma-

nuscritos y no ha publicado nada, detesta las fiestas, la política y, asómbrate, teme a las mujeres como si fueran apestadas y les achaca todos los males de la Isla y del mundo. Pero su hermano, mi amorcito, es un semental, un ciclón bailando.

Entendí que el individuo aludido era el ya famoso Ribeira Dos.

—Yo, chico, me he bailado y magullado a más de mil mujeres de La Habana y puertos circunvecinos. No le pongas atención a *Morroncho* —que así llama Ribeira No Escritor al Ribeira Escritor— y vente conmigo que vas a saber lo que es La Habana.

Pues se fueron al circuito de cabarets hasta que sucedió lo de la negra y la bragueta.

Volvemos entonces a la negra, la bragueta y el pie indiscreto: Willy no sabía qué hacer y nada más se brillantaba la calva y abría tremendos ojotes. Nadie en kilómetros a la redonda parecía dispuesto a salvarlo. Todas las hembras debían estar metiendo pies en braguetas o alfabetizando.

—Que yo no me voy de esta isla aunque me ofrezcan el cielo, chico —decía Ribeira No Escritor—. Aquí hay todo lo que yo necesito: mujeres para el amor, sol para el descanso en una hamaca y un gobierno revolucionario que no me dejará morir de hambre. Las cubanas son las campeonas mundiales del amor y mientras yo tenga cartuchos no voy a querer otra cosa. ¡Arriba la revolución y las trancas! ¡Abajo el imperialismo y los calzones!

La negra seguía mandándole besos de labio gordo a Willy, que, es necesario decirlo, no sabía cómo reaccionar, pues como casi todos los blancos no so-

porta a los negros, a menos que sea en la Selección Nacional o en las pistas de atletismo.

Una mulata, esta sí preciosa, que andaba rondando entre las mesas, escuchó a Willy e inmediatamente se le sentó al lado.

—¿Colombiano? Adoro a los colombianos.

Le dio un beso en la frente, abrazando la cabezota de Willy.

—Un colombiano me enseñó el camino de la felicidad, un colombiano operó a mi mamacita de cáncer mamario, un colombiano trajo los vallenatos a Cuba, un colombiano inventó la vacuna contra la malaria. ¡Adoro a los colombianos! ¡Ay chihuahua, ajua, ajua, ajua!, eso gritó la mulata, bailando en torno a la mesa y exhibiendo una espalda, una cintura y un culo de montaña rusa.

—Entonces —dijo Willy— me vi entre la espada y la pared, es decir, entre la negra y la mulata. Rosa Edith, que así se llamaba la mulata, con toda tranquilidad y sin violencia apartó el pie indiscreto de la negra e instaló el imperio de su hermosura de toro que sale al redondel. La negra sonrió comprensiva, se puso el zapato correspondiente y siguió hablando con Ribeira Dos.

Willy supo detallar en Rosa Edith lo que él a sus casi 50 años nunca nunca iba a poder de nuevo disfrutar si no se avivaba. Tendría 17 años, pero tan bien aclimatados que no era posible imaginar obra mejor. No tanto el rostro, que era simpático, ni la gracia, que era cautivadora, ni un barniz de cultura, ni el desparpajo, sino un cuerpo que se adivinaba como una máquina de placer, todo aceitado, justo, bien

proporcionado, ni atlético ni excesivamente suave, unos muslos que se levantaban airoso pero llenos de vigor y que debían estallar al juntarse en un *derrière* de fantasía y en un monito sublime. Y ella tan serena, como si no fuera la madre de todas las hembras del universo.

Ribeira Dos le guiñó un ojo. Se inclinó al oído de Willy.

—Y no creas que esta Rosa Edith es cosa de otro mundo. Te puedo presentar a diez hembras mejores en un solo cabaret. Todas son obras de la revolución, hijas de Fidel.

Llegó la hora de las despedidas y Willy todavía no tenía nada concreto. La negra lo miraba con sorna, apoyando el rostro en un codo. Lo que te perdiste, chico, parecía decir. Quizá sí, la negra era una bruja, una digna hija de Yemayá, que le iba a enseñar lo que ninguna otra mujer, pero en fin.

Ya se iban él y la mulata a despedir de beso en la mejilla cuando a Willy lo atropelló la osadía y se escuchó decir:

—Rosa Edicita, ¿no tendrás un momento el día de mañana para enseñarme La Habana?

—Pensé que no lo ibas a decir nunca, miamor. Claro, nos vemos a las ocho en la puerta de tu hotel, ¿cuál es?

—El Islamán —confesó con pena Willy.

Al día siguiente, Rosa Edicita, sin mediar conversación alguna sobre el asunto, lo llevó casi a rastras a rentar un apartamento, lo acompañó al hotel Islamán por la maleta, lo trajo al nidito de amor en el taxi de un amigo, cerró la puerta y se desnudó con la naturalidad del que se va a meter en la piscina. Willy estuvo

sentado con la pierna cruzada en un sillón bastante incómodo de la sala, sin saber qué hacer, hasta que se le iluminó la calva y decidió desnudarse. “Donde fueres, haz lo que vieres”, se dijo.

—Chico, pensé que no lo ibas a hacer nunca.

—Y a partir de entonces, dice Willy, pasé una semana convertido en un sultán: dormir, fornicar, comer, dormir, fornicar, ver discursos de Fidel en la televisión, leer poemas de Nicolás Guillén y Martí, dormir, fornicar, comer. Rosa Edicita era una perfecta geisha. Estuvo pendiente de todos mis caprichos y nunca mostró interés alguno, ambición, malos sentimientos. Simplemente me dio placer, satisfacción y hasta amor. Imagínate eso, una corderita en celo absolutamente para mí, casi una adolescente, para este viejo al borde de la tercera edad, una criatura hecha para el deleite, absolutamente a mi servicio, al servicio de este viejo al borde de la tercera edad, ¿crees que puedo olvidarlo?

Willy estaba llorando. Dejó sobre mi escritorio un papel y se alejó. Era un poema que celebraba a Rosa Edith.

No volvimos a hablar sobre el tema hasta seis meses más tarde, cuando el libro de Ribeira Escritor ya estaba a punto de salir de las prensas. Me encontré a Willy preparando el café. Sin mirarme, dijo:

—Cuando nos despedimos no permitió que yo le dejara mi dirección. Tampoco me dio la suya. Sólo me dijo: “Si algún día regresas a La Habana, búscame”.

Y no se volvió a hablar del asunto. La depresión se le ha ido pasando poco a poco. Imagino que todavía deberá veinte mensualidades de su paseo a Cuba.

Supongo que para cuando vuelva a tener posibilidades de un nuevo viaje, no tendrá arrestos para una segunda semana en manos de Rosa Edicita. Por lo pronto sigue siendo un buen padre y un amigo que se dejaría quemar en leña verde por el más humilde de sus compañeros de trabajo. Para principios de diciembre se anuncia la llegada de Ribeira Escritor, quien presentará su libro de cuentos y sin duda podrá hablar de Italo Svevo y Flaubert, pero no de la mulata de La Habana.

El masajito bayamés

Cualquiera hubiera pensado que aquí terminaba la historia gloriosa de Willy y que se reintegraría con modestia de santo a su caverna doméstica y a su escritorio cerca del baño, pero la realidad fue otra. Meses más tarde supe que Willy de alguna manera —que sin duda tenía que ver con sus comercios epistolares y sus coqueteos con las musas— había sido invitado como representante de la editorial a una especie de congreso de poesía en Villa Muelas, al sur de Cuba. Me enteré que estaba haciendo los preparativos y finalmente, cuando vi su escritorio vacío, supe que iba por su segundo sueño. Pasaron diez días y de nuevo estuvo Willy en la editorial. Lo primero que hizo fue visitar mi cuchitril. Se instaló con todos los derechos en la silla de las visitas. Dos horas duró hablando y ni por un momento se me ocurrió pedirle que se retirara. Ahora Willy no era simplemente un oficinista, un doctor en derecho y un esposo abnegado con ocasionales deslices, sino que regresaba con un no sé qué de autoridad, una digamos (de forma provisional) aureola de elegido y un indudable don de la simpatía que vedaba cualquier humillación.

Llegando, me dijo, al mostrador del aeropuerto de La Habana, un militar de verde olivo buscó mi nombre en una computadora del año de upa y dijo, ah, usted es el colombiano. Entendí que decía El Colombiano con mayúsculas pero no supe si eran peyorativas o chingativas. Tiene reservación en el Hotel Playamar de Villa Muelas y será tratado de acuerdo a su rango.

Mi rango, me dije para mí, chiquitico, esto se pone (provisionalmente) bueno. Me presentaron a un negro (tirando a azul) de dos metros de altura con cara de niña y me dijeron mira, chico, este es tu niñoero, tu guardaespaldas, va a estar contigo desde que el sol amanece hasta decir basta y sólo se separará de ti cuando tú te despidas de Cubita la Bella. Y así fue: el negro, que se llamaba Julia, así, Julia, estuvo a la orilla de la playa cuando la poeta Noe me quitó la ropa en Bayamo y me demostró lo que es fogosidad, estuvo a mi lado en la guagua flamígera cuando la rubia pequeña me metió mano, custodió mi puerta cuando las dos poetas en blanco y negro me dieron la prueba de lo que es la pasión. El negro Julia estuvo conmigo cuando recibí los laureles y fue él quien me explicó la dimensión de mi triunfo y nunca, nunca sonrió ni me cerró un ojo ni me juzgó, simplemente estuvo ahí, como si la gente a mi alrededor fuera invisible y yo fuera, ni más ni menos, el rey de Mozambique.

Pues el negro Julia me acompañó al avión en el que partiría hacia Villa Muelas, se sentó a mi lado, con su rostro de piedra y un pistolón que le llegaba a medio muslo. Súbitamente el avión comenzó a descender y el negro Julia dijo qué raro, si hasta Villa Caries son tres horas. Y es que, luego lo sabría, una autoridad de Varadero se había enterado de que yo iba en el avión y decidió agasajarme, desviar la aeronave, casi secuestrándola, de modo que yo, este pobre leguleyo carga-paquetes, pudiera tomar unas cervezas con el comandante de Varadero. Y al llegar escucho mi nombre, se solicita mi presencia en la Oficialía Mayor. Me toma un militar del brazo y allá voy aterrorizado.

Pero es que el avión me va a dejar, le digo, y el militar responde, no lo va a dejar porque aquí los aviones salen cuando mi comandante Mateo dice. Yo miro a mi niño Julia y él asiente. De modo que llegué a la oficina de un combatiente de alto rango que me abrazó y me dijo tengo órdenes superiores de tratarlo bien. Y en la pista estaban casi cien personas encerrados en el avión esperando que el comandante terminara de hacer su gusto. Imagínate, qué barbaridad, el avión bajó en Varadero por capricho del comandante y estuvo allí dos horas detenido hasta que el individuo se dio por satisfecho y nos dejó salir.

Llegamos a Villa Muelas y allí fue Babel. Como primer acto fui presentado a la Poeta Reinante del Sur, Noelia. Dejé pasar el título y me dediqué a detallarla. Noelia. Fea, recontrafea, ultraespantosa, pero simpática y una verdadera estrella, una diva, toda una multitud de 300 poetas de todos los rumbos del Caribe había acudido a Villa Caries para escucharla, para tocarla, para sentir su respiración. Noelia era como la musa de la poesía, Erato, en carne viva y con ropa de batalla.

En cuanto la Poeta Reinante del Sur me vio, lanzó una carcajada de bruja mala y puso su garra sobre mi brillante cabecita. A partir de entonces me sentí coronado por el privilegio y el yugo de su cariño y todavía hoy, que me encuentro de nuevo en mis rutinas de miseria y a salvo de ella, pero en la trampa de los gritos de mi esposa y las protestas de la contadora de la oficina, en ocasiones me toco la calva para ver si todavía esta ahí la garra de terciopelo de Noelia.

La primera sesión del Congreso, dijo Willy medio

encorvado y con una mano cubriendo sus hidalguías enfundadas en un pantalón de mezclilla, se celebró bajo un enorme árbol de mango “donde Fidel en el año de 1945 entregó el fusil y el mando de la zona a la guerrillera Carlota Peral”. En torno al árbol se sentaron los 300 poetas, Noe y un mexicano, tu servidor. Mi sorpresa fue mayúscula cuando Noe me tomó de la mano como si yo fuera Carolina de Mónaco y me llevó a una especie de podio y dijo el eximio poeta colombiano Willy Báez nos hará el honor de inaugurar este congreso y yo qué decirte estaba asustado, no sabía qué decir ni qué hacer hasta que columbré un acto que fue el siguiente: pedí un vasito jaibolero vacío, saqué una banderita colombiana, la puse en el vaso y dije que ese era día de fiesta en mi país, 20 de julio, aniversario en el que se celebra la independencia del yugo realista, acontecimiento por el que que era para mí un doble honor inaugurar un evento de tal trascendencia y recordar a mi patria querida. Aplaudieron los 300 poetas a rabiar y sonó un mariachi y a partir de entonces se rompió el turrón y comenzó, perdoname la palabra, la pisadera. Sí, es cierto que poetas y poetos leyeron sus poemas, que hubo fraternidad universal y la papa grande, pero el resto del tiempo era un ajetreo bárbaro y yo, señor mío, estuve en medio de aquel desgarrate.

Bajo el árbol de mango, sentados en el pasto, con 41 grados de temperatura, leyeron poemas 75 bardos en un solo día y aquello era un aplaudidero y en medio de todos Noe, que se encontraba a mi derecha, y el lindo niño de verde olivo, a mi izquierda. A las dos de la tarde comimos un plato de arroz, !un

plato de arroz!, tomamos cerveza roñosa y caliente y siguió la lid de los poetas. Yo estaba que me caía de sueño, sentado al frente de todos como si fuera un cuadro para una exposición o como si fuera el notario de aquel desastre poético, y cuando cerraba los ojos sentía el codo de Noelia en mis costillas. Chico, que esto es cosa seria. Me estaba derritiendo, me moría, me faltaba el aire, me deshidrataba, me subía y me bajaba la presión, y Noelia iarriba, colombiano, las patrias hermanas te llaman, Colombia y Cuba un solo corazón!, y vengan más poetas y más poetas con Fidel y la bandera y la patria y Bahía de Cochinos y grandes cantidades de arroz y cerveza y Noelia erguida sobre su cintura como una palma, con su pelambre de furia, y vengan más poetos y poetas con Fidel y la bandera y la patria y ríos de amor y de honesta lujuria, Bahía de Cochinos y grandes cantidades de arroz y cerveza y Dios, todo tipo y laya de poetas. Y a las cuatro naufragué en las aguas del sueño, fui cayendo, me dijeron, en cámara lenta, de medio lado sobre las piernas de Julia, mi negro niño, caí dormido, y Noelia fue por una cerveza fría y ante el escándalo feliz de todos me enjuagó el rostro con ella y me desperté ante aquel congreso de locos y tuve que sonreír como Cuasimodo ante la horca y seguí muy atento a los poetos y poetas y a las seis de la tarde, con un bochorno de crematorio, ya estaba a punto de embolia y asesinato colectivo, me dije basta carajo, y me puse de pie y dije voy a dormir, y Noelia me tomó del brazo y me dijo, no, miamor, esto no se hace. Miré a mi negro Julia y él, como una estatua de bronce bajo el sol, asintió: eso no se hace. De modo que volví a sentarme y siguió

la poesía, kilómetros y kilómetros, años luz de poesía, no sé si buena o mala, y todos sudando como condenados pero con ojos de quinceañera y un escándalo de fiesta de rancho, como si estuvieran asistiendo al espectáculo de la venida del Señor y llovieran ángeles por los huecos del cielo. Y a las ocho de la noche, casi como arrebatado por una furia, me puse de pie y sin mirar a Noe o al negro Julia salí corriendo y me encerré en mi habitación y dije a descansar, hijo de mi madrecita santa, a dormir, respeta tus canas, Wilebardo Báez, recuerda que tienes hijos, una esposa, dignidad, un trabajo discreto, pero trabajo al fin y al cabo. La habitación una maravilla de ingenio tropical, con sala de bejucos, aire acondicionado natural, cama de diversos niveles, espejos de planos diversos, ventanas al mar. Llego, sin bañarme me tiro a la cama y me digo a la cuenta de tres voy a estar dormido. Ya llevaba dos cuando escucho el toc toc toc. Abro y veo la criaturita más linda del mundo: una rubia chiquita, muy joven, de rostro de angelito cachetón, que me dice colombianoito, estaba preocupada por ti, tantas tensiones en un solo día y me dije qué puedo hacer por él y me respondí darle su masajito bayamés. Yo, que apenas vislumbraba el mundo a la distancia tras las nubes de mi cansancio, supe que se me estaba ofreciendo el cielo pero tuve que renunciar a él. Mira, le dije, estoy tan cansado, tan cansado que sería incapaz de levantar los párpados, cuantiménos otro músculo indispensable para los masajes de todo tipo. Es una lástima, dijo sin mostrarse ofendida, colombiano, pero ya sabes, amor, cuando se te ofrezca me llamo Lidiosaya y soy la del masaje bayamés, la-

del-masaje-bayamés, así dices, y como un genio de botella apareceré presto prestísimo.

Pues le cerré la puerta en la nariz a Lidiosaya, la visión del paraíso, me acosté a dormir, conté hasta dos y lo siguiente fue que toc toc toc, estaban tocando a la puerta, miré el reloj, eran las ocho de la mañana. Ay, perdóname, dijo Noelia Cimarrone, que tal era su apelativo completo, ayer me porté como una verdadera bestia y te dejé solo, pero tú sabes, chico, la responsabilidad de ser la Reina Sostenedora de la Poesía de Villa Muelas, tuve que estar hasta las dos de la mañana cuando terminó de leer el Centauro del Soneto, Pedrarias Cleofas, y me fui directamente a mi cama, ay, perdóname mi amor, pero apúrate que a las nueve de la mañana tengo que abrir yo la sesión y no quiero que por nada del mundo te la pierdas. Le sugerí tímidamente que quería bañarme y ella dijo bien, chico, adelante, pero necesitaba que se retirara para desvestirme. Anda, niño, acelérate, dijo, y comenzó a quitarme la ropa, hasta el mero meollo, es decir, el calzoncillo, y yo pensando en el lindo niñoero allá afuera, qué diría, pues me desnudó la reina, me empujó a la regadera y ahí estoy moviendo el culín cuando siento una mano recorriéndome la espalda, era Noe que se había desnudado y estaba a mi lado con estropajo y jabón restregándome con delirio de lavandera.

Me bañó, se bañó (sin consecuencias linfáticas) y a las nueve estuvimos bajo el árbol de mango, Noelia declamando su poesía. Hijo, aquello era el mismísimo Luzbel hembra cogiéndose a la castísima poesía que gritaba ay, ay, me duele, pero me gusta, cada pa-

labra suya parecía salir con lenguas de fuego, sangre e intestinos, flora y fauna del trópico, el puro esplendor barroco en la Zona Tórrida, y fue la apoteosis. Yo, te confieso, nunca había oído nada parecido. No se trataba de lo que decía, que podía ser convencional, sino de una expresión tan profunda como si ella misma estuviera inaugurando el lenguaje.

El negro lindo, al amparo de una cerveza, me dio fundamentos: cada año se reúnen los poetas del sur de Cuba y el Caribe y coronan a un rey o reina por aclamación y Noelia lleva diez años aferrada al cetro sin posible redención y sin sucesor en el horizonte, aunque oleadas de poetas vengan con talentos oceánicos de todos los rumbos y nazcan y crezcan exuberantes, ella sigue inexpugnable como una estatua de sirena en medio de la turbamulta del mar. Naturalmente le pregunté al negro lindo si él también era poeta y me respondió con entera certeza: “En Cuba todos somos poetas”. Lo dijo luciendo el fulgor de sus ojos como una condecoración.

Terminado el espectáculo, Noelia regresó a mi lado y me dijo tenemos que salir un rato de aquí. Y así fue, pero antes estuve al pie del cañón escuchando a 150 poetas de todo pelaje y condición, uno tras otro, con el militar lindo de un lado y Noelia del otro. Y por la noche Noe me llevó a una caleta con diez palmeras, un arroyo partiendo el paisaje y dijo uff. Ella me quitó la ropa, se desnudó y nos metimos al agua y allí fue Troya, Waterloo y la Batalla de Boyacá. Te juro que si antes la vi fea y recontrafea, ahora resultó Afrodita misma, qué pasión, qué frenesí, bajo una luna panzona, parecía que su consigna era acabar con

mi columna vertebral, con mi lucidez y mi masculinidad, me cabalgaba entre las olas, me chupaba, me hacía tragar y vomitar agua salada, mientras Lindo en su uniforme verde oliva fumaba sin despegar los ojos soñadores de la luna, y estoy seguro que no le importaba un ardite lo que estaba sucediendo.

Regresando al hotel, Noe me llevó a mi cuarto y me dijo espérate, cuando regresó traía sus maletas. Las deshizo, se instaló a sus anchas en la habitación y dale, a moler. A partir de ese instante, hasta el día venturoso en que puede despedirme de ella, tuve su zarpa de tigresa sobre la calva, y no me lo vas a creer, incluso así hubo otras moliendas.

Ya para el cuarto día todo el congreso estaba enterado de que el colombiano era propiedad de la Reina de la Poesía y a nadie le importaba. La verdad es que la marcación de Noe estaba comenzando a hastiarme y yo hacía todo lo posible para huir, pero no podía.

No todo fue molienda. También hubo actos oficiales. Me llevaron a una comunidad y ¿qué crees?, me recibió el alcalde, me hizo inaugurar una biblioteca, yo no sabía qué decir y prometí una donación de 500 libros, el alcalde emocionado al instante decretó que a partir de entonces comenzarían a juntarse monedas y objetos de metal para hacerme una estatua. Lo juro, amigo, es cierto.

Luego me tocó regresar a Villa Caries en autobús, y ni te imaginas, esto es buenísimo. Que se llevan a Noe para atrás del vehículo, al que llamaban La Llamarada, porque no tenía ventilación ni aire acondicionado y no se podían abrir las ventanillas y me veo libre de Noelia, en el primer asiento del autobús La

Llamarada, al lado de una rubia deliciosa, tan grande y tan bella como Claudia Schiffer, que era la encargada de vender los libros de los poetas, y para fortuna mía estábamos en un lugar estratégico, donde nadie nos podía ver sino el negro Lindo. Me puse nervioso, pero antes, espérate, que con ese calor de 40 grados y aquella lata de sardinas, los poetas comenzaron a quitarse la ropa y las chicas sus brasieres y quedaron con los pechos al aire y todos cantando, y yo volteaba y veía aquel paisaje de pechos divinos y podía casi sentir las gotas de sudor temblando en las puntas de los pezones y que de pronto siento una mano en mi muslo y es la rubia que se va tomando sus libertades mientras me decía, ay, colombiano, es que te amo, y sacaba mi aparato y le daba vuelo como güiro y yo muy nervioso pero nadie nos prestaba atención, ni el conductor, un pelirrojo dientón, y que me digo al diablo con mis moralismos pequeñoburgueses y que le paso el brazo sobre un hombro y le acaricio los pechos y la individua comenzó a gemir como marranita con cuchillo en yugular y grite y gima y yo asustado le quité la mano del sitio pertinente y ella me la tomó y la volvió a poner en su lugar y dale a gemir hasta que aulló como endemoniada y supe que la hembra había llegado a su gusto al tiempo que yo me deshacía levemente y nadie, mira, por esta cruz, se dio por enterado, ni el chofer, ni la señora con anteojos de colitas que estaba atrás y era una especie de sargenta, ni el negro Lindo que ocupaba él solo los dos asientos de al lado.

Eso pasó en la guagua llamada Llamarada y llegamos a Villa Muelas; yo tan limpio como un gentle-

man porque la rubia había tenido el generoso e higiénico detalle de sacar un pañuelo colorado y recoger los escasos frutos de su esfuerzo. Llegando al hotel supe que sí había una persona que se había enterado del asunto y que estaba furibunda. Noe me tomó de la oreja, amiguito, me llevó a la habitación y como castigo, mientras me regañaba, me pegó la chupada del siglo. Ya para entonces íbamos para el quinto día de congreso y yo estaba convertido en una sombra. Seguían las lecturas de poetar, marejadas, oleadas, vientos huracanados de poetar telúricos, bíblicos, encomiásticos, escatológicos, metafísicos, hermenéuticos, horas y horas de poesía alucinada. Y la comida seguía siendo arroz y cervezas, nada más y todos estaban felices y se suponía que yo debía superar a los demás en felicidad. En síntesis, en siete días, no lo vas a creer, lo juro que no lo vas a creer, inauguré cuatro bibliotecas y fui devorado por media docena de hembras que me abordaban en los pocos instantes en que Noe me dejaba solo. Ahora recuerdo: un par de hembras a las que llamé Blanco y Negro, por ser una mulata y una rubia, jóvenes y atléticas las dos, flexibles y bellas como odaliscas, se arrimaron mientras estaba en el bar, me pagaron dos cervezas y pidieron el don de que yo escuchara sus poemas en privado, me llevaron a mi habitación y mientras una leía su “Oda a la Evolución de las Especies” la otra comenzaba el ajetreo, y querido, yo moralista, al borde de mis últimos alientos, tenía aquel harem para mi solito y nada más tuve tiempo de tender la mano y agarrar mi atadito de condones y adelante. La rubia misma fue quien dijo: en confianza, miamor, yo te lo pongo. Y

esas dos tipas, Blanco y Negro, me dieron una batalla sin cuartel hasta que Noelia tocó a la puerta y las dos hembras agarraron su ropa y salieron despavoridas por la ventana. Yo medio me di las mañas para vestirme y recibí la zarpa de Noelia sobre la calva y me resigné, pero luego supe que estaba en el infierno de la lujuria, un infierno que ni Dante habría imaginado, recé en mente un Padre Nuestro y me dije adelante, casi me pongo a llorar, y pensé que ya mi aparatito estaba muerto para siempre, pero asómbtrate, lo que son las maravillas de la natural naturaleza, Noe hizo su danza de lluvia y allí estaba otra vez mi penden-ciero corazón como asta para la bandera del amor y espada para la batalla del honor.

A veces yo sacaba la cabeza de aquel pantano de poesía y amor y me decía que nada es eterno, comenzaba a ver un puntito al final del camino, como una ventana de luz al fondo del túnel, desde donde me llamaban mi esposa y mis hijos y luego volvía a caer, cerveza, poesía y amor, arroz, cerveza, poesía y amor, me volvía a hundir hasta las rodillas, los hombros, la cabeza, sacaba la nariz nada más para respirar, y adelante y así hasta el infinito, como si estuviera nadando en un mar sin islas. Vino a salvarme la piedad del tiempo. Pasaron los siete días y llegó el cierre de aquella ordalía.

El último día a mí me tocó dar lectura al acta del jurado que nombraría a la Reina de Poesía del Sur 1995, y ¿quién crees que ganó? Noe, mi Noe, y todo el mundo gritó con enorme sorpresa y Noe saltó y recibió su premio de 500 pesos y a su vez dijo que había algo para mí y leyó el acta de un Concurso de Poesía

Fantasma ¿y sabes quién fue el ganador? ¡Yo!, amigo, yo, que no había leído públicamente ni un poema y era apenas el representante de una editorial universitaria puesto en un extraño trance que no acabo de explicarme. El público estuvo de acuerdo con este concurso de poesía fantasma pero quería pruebas de la calidad de mi literatura y comenzaron a gritar que lea, que lea, que lea, y yo, lleno de pudor, porque amigo, ya sabes, no soy poeta, seamos sinceros, yo soy un pobre abogadillo metido a héroe por una situación rarísima, pues estuve negándome hasta que decidí sacar del bolsillo un recorte de *El Espacio* y leí mi cuento erótico para niños, por si no lo sabes, a veces escribo, y olvídate, amigo, aquello fue el recontrafin del mundo, todos tiraron el sombrero, las chicas sus brasieres, sujetadores les dicen, y el negro Lindo apenas sonrió, por primera vez sonrió y dijo, chico, que acabas de inventar un género literario y ya nadie te va a quitar el lugar. Tú, chico, y Cervantes de Saavedra compartirán pedestal en el olimpo de los dioses literarios.

Llegué al aeropuerto de La Habana con una línea de suero cuya botella sostenía la rubia Lidiosaya. No supe qué pasó con la Reina de la Poesía del Sur. El viaje lo hice casi en estado de coma y no conocí detalles sobre la despedida. Varias horas más tarde me vi en la aduana de Bogotá. Mi esposa me regañó exactamente durante tres horas y me hizo dormir en la sala. Por la mañana me levantó a las cinco. Me puso a lavar ropa, a preparar el desayuno, a lavar los platos y solamente después me dejó venir a la oficina. Y aquí estoy.

Aquí está mi amigo Willy Báez, pálido, flaco como un personaje del Greco, pero con una chispa de vida que antes no tenía.

Cinco días más tarde entra Willy a mi oficina con una taza de café humeante que pone sobre mi escritorio. Antes de partir, dice:

—Yo me pregunto: ¿cómo será el famoso masajito bayamés? ¿Tú crees que las intenciones de la primera visión, recuerdas, eran honradas? Tal vez yo tergiversé todo. No puedo dejar de pensar en eso.

¿Qué decirle al buen Willy? Nada. A mí sólo me queda esperar que haya un tercer viaje.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de marzo de 2012
en la Unidad Gráfica de la
Facultad de Humanidades
Universidad del Valle
Cali - Colombia

Aguilera Garramuño escribe y re-escribe sus cuentos. Mientras ha ido puliendo su lenguaje y perfeccionando una estructura más enfocada, se ha convertido en uno de los cuentistas más interesantes de Latinoamérica. Sus temas eróticos llaman la atención y causan reacciones a veces fuertes entre sus lectores. Pero lo que más le caracteriza como escritor, y que podemos ver a través de la obra cuentística que está creando, es el obvio placer de que goza al escribir, el deleite de crear situaciones y de disfrutar con las palabras. Ha escrito *Cuentos para después de hacer el amor*, *Cuentos para antes de hacer el amor* y *Amoreros*, pero a veces seguramente, solo ante su computadora, escribe cuentos en vez de hacer el amor.

Peter Broad

